

BAUTISMO MOTERO EN THE SILENT ROUTE

CARRETERAS PARA DISFRUTAR DEL PAISAJE

Texto y fotos: M^a Angeles Tomás Obón

Puerto de los Degollados, en dirección a los Órganos de Montoro



La Vespa del bautizo, al final de la ruta

No tendría más de diez o doce años la primera vez que puse un pie en la A-1702. Fue en una salida familiar para visitar el nacimiento del Pitarque en uno de esos largos domingos de verano de la infancia. Por aquel entonces, mi conocimiento del mundo más allá de los límites del pueblo era muy limitado: tardes de fiambra y diversión en agua dulce al compás de las chicharras en la Estanca de Alcañiz, viajes al oculista a Zaragoza y alguna quincena, cada dos o tres años, en Vinaroz.

Desde entonces he regresado en varias ocasiones a esa carretera, conocida también desde hace unos años como The Silent Route, pero el verano pasado lo hice de una manera muy distinta, sobre dos ruedas y confirmando en ella mi bautismo motero.

Mi primera cosmografía viajera la constituían las geometrías apaisadas que se perdían en el horizonte de las planicies y estepas del valle del Ebro. El cierzo, la niebla, los olivos, almendros y algunas manchas de pinos carrascos, sus hitos más característicos. Los cantos rodados mecidos por las olas de la pedregosa playa de Vinaroz eran lo más exótico de esas mis primeras geografías. ¿Cómo no iba a quedar impresa a fuego mi primera incursión en los relieves quebrados, agrestes y atormentados por los que se abrían paso las contundentes curvas de la carretera que conducía a Pitarque? El impacto fue grande en mi tierno cerebro y ahí quedó ese caótico paisaje incrustado en mi subconsciente.

no era tan habitual eso de salir por ahí los fines de semana por el simple hecho de viajar sin motivo alguno, al menos en mi familia y entorno. Así que tuve que esperar a echarme novio con coche para poder volver a esos lugares que tanto me impresionaron. Pero el momento llegó y una «pascuica», día que en Andorra tradicionalmente se pasa en el campo, decidimos realizar la ruta desde Andorra hasta Cantavieja y volver. Difícil describir con palabras las sensaciones que este viaje hasta Cantavieja me proporcionó. A cada kilómetro el paisaje me emocionaba más y, al final, como guinda, el puerto de Cuarto Pelado, medio cubierto por la nieve, con esos magníficos ejemplares de pinos solitarios que salpican los suaves relieves que caracterizan ese puerto que ronda los dos mil metros. Ese día quedé totalmente prendada de esta carretera.

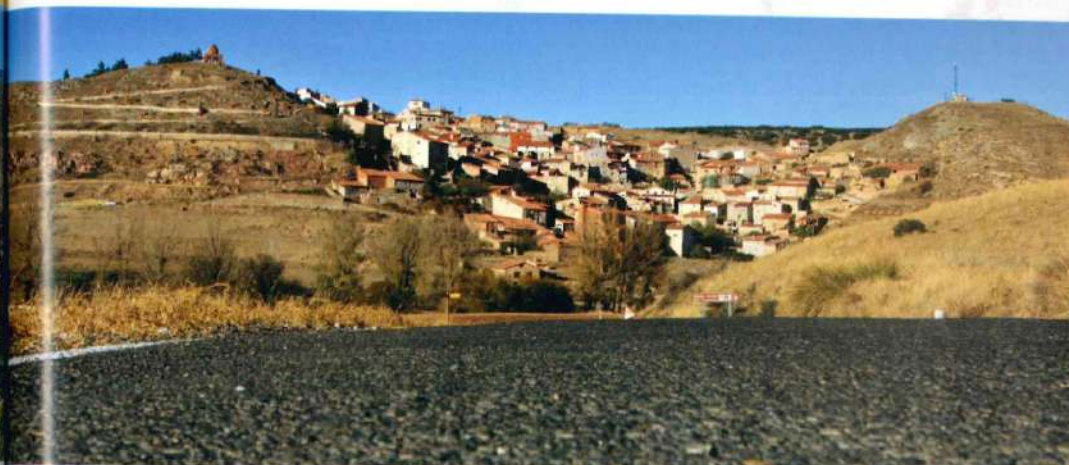


El puerto de los Degollados desde el mirador de los Órganos de Montoro

Durante años achaqué equivocadamente este enamoramiento a circunstancias ajenas a la propia carretera o sus paisajes. Era uno de mis primeros viajes fuera del ámbito familiar, apenas tenía experiencia viajera, la compañía era realmente buena y, por si fuera poco, durante todo el viaje nos escoltó la música de los Smithereens y The Smiths, que ya siempre han ido unidos en mi imaginario a esta carretera y sus curvas.

Más tarde volví a recorrerla en numerosas ocasiones. Cualquier excusa era buena para disfrutar de esas curvas, del entorno y también de sus gentes. Y he seguido haciéndolo. Muchas veces. Y aunque afortunadamente mis geografías

siempre la disfruto. Mi enamoramiento sigue intacto. En cada recorrido descubro nuevos detalles, nuevas perspectivas y vuelve a ser como una primera vez. Me fascina percibir los cambios según transcurren las estaciones. Las parameras entre Gargallo y Ejulve son mi tramo preferido en invierno, cielos extraordinariamente azules y una atmósfera clara y fría que casi puedes abrazar con tus manos. El otoño y sus colores te envuelven en el trecho entre los Órganos de Montoro y la subida a Villarluengo. El verano siempre es verde y fresco entre la Cañada de Benatanduz y el Cuarto Pelado. La primavera se va trasladando de tramo según avanzan los meses y mientras los almendros florecen en la Venta de la Pintada, el invierno sigue reinando en el Cuarto Pelado. La carretera también cambia completamente de aspecto según el momento del día, la climatología, o el sentido en el que la recorres, incluso se muestra diferente según tu ánimo, al que se adapta con facilidad.



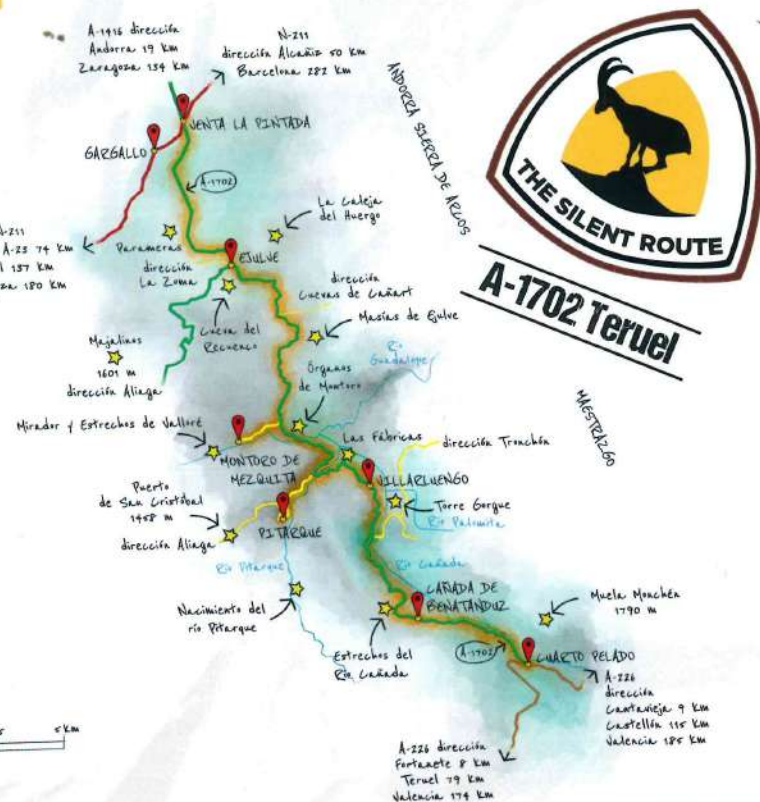
Vista de Ejulve.
Foto Antonio Delgado

Hace unos años, un poco antes de la pandemia, le pusieron nombre, The Silent Route, y los moteros empezaron a ser transeúntes habituales de sus curvas. Yo, que soy muy de caminar y de extasiarme con las amplias panorámicas, cuanto más aéreas mejor, que puedo pasarme horas en el mirador de los Órganos para contemplar desde allí, medio en éxtasis, el trazado de la carretera, empuñada por la altura, siguiendo con la mirada el jugueteo de las curvas con las faldas de la montaña, al principio los observaba escéptica, no llegando a comprender los misterios de ese recorrido a ras de suelo, pegado al asfalto, con la rodilla en juego a cada curva.

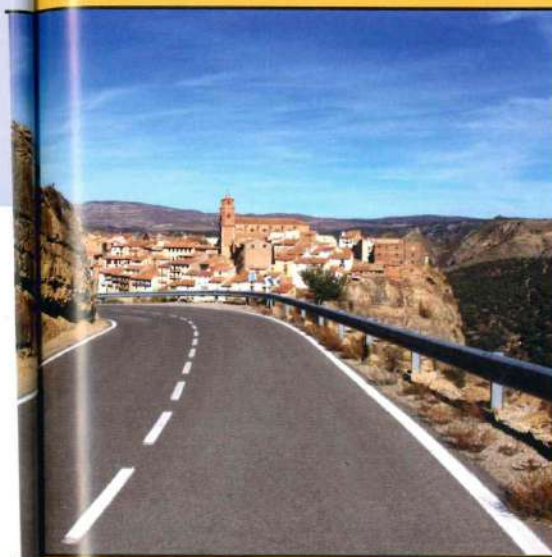
UNA NUEVA PRIMERA VEZ

Pero con el transcurso de los meses, un gusanillo empezó a despertarse en mi interior e iba creciendo poco a poco un desasosiego que no llegaba a comprender, hasta que un día me sorprendí pensando: «me gustaría recorrer la Silent en moto». ¡Madre mía, qué disparate! Mi conciencia intentó acallar estos pensamientos. Yo no había montado jamás en una moto, ni de paquete. No sabía, ni sé nada de motos. Es más, creía que no me gustaban nada. Así que intenté silenciar esa llamada, pero un día, sin previo aviso, me volví a sorprender a mí misma: «me gustaría recorrer la Silent en moto». Pero esta vez no era un pensamiento, lo dije en voz alta delante de un grupo de amigos. No sé muy bien cómo la reunión terminó con el compromiso de un recorrido en moto por la Silent antes de acabar el verano. Pensé que era una de esas conversaciones inocuas de una tarde de bar que no tienen mucho más recorrido. Pero el gusanillo no dejaba de crecer y crecer. A finales de junio ya tenía una fecha: sería el fin de semana del 19 y 20 de agosto. No había vuelta atrás.

Nota otoñal junto a los
Órganos de Montoro



Así, casi medio siglo después de aquel primer viaje por la A-1702, volvía a recorrer la Silent sintiéndola como si fuera la primera vez, y lo hacía en moto. Además del gusanillo que crecía sin control en mi interior otro de los culpables de este bautizo motero fue Aurelio, un amigo al que le apasionan los motores y que en su garaje guarda con amor dos Vespas, una negra del año 94 y otra blanca, preciosa, una PK 75 Primavera. Sólo necesitó oír mis pensamientos en ese bar para ponerlas a punto y animarme a hacer prácticas. Ahora no podía echarme atrás. No puede ser muy difícil, pensaba.



Pasado el puente de agosto empecé mis primeras clases de moto. La primera sorpresa: tenía embrague, marchas y acelerador en el manillar. No sé en qué estaba pensando, me había imaginado algo parecido a una bici con motor, pero la cosa era una pizca más complicada. En esa primera tarde conseguí mantener el equilibrio sin problema, pero no había forma de llevar la moto por donde yo quería, ella mandaba. Después de atropellar varias cajas de cartón que Aurelio había puesto para dibujar una especie de circuito, decidí dejar las prácticas por ese día. Estaba un poco desanimada, no me veía capaz. No dejaba de pensar en las curvas del puerto de los Degollados y del río Cañada..., y en las cajas atropelladas. Lo más sensato hubiera sido abandonar, pero ese gusanillo no paraba de morder y morder.

Carretera y Villarluengo

A la tarde siguiente volvimos al ataque, esta vez en el polígono industrial. Conseguí tomar varias rotondas sin subirme a ellas y me animé, hasta me puse en cuarta. Igual lo conseguía. Al día siguiente, viernes, fue mi primera toma de contacto con la carretera. Fuimos a Alloza y de allí por el Escorretero a la carretera de la Venta. Había curvas, cuestas y poco tráfico, ideal para practicar, pero no contamos con el cierzo. Arriba en los Montalvos el cierzo estaba soplando fuerte y la moto no paraba de bambolearse, una fuerte ráfaga de viento me pilló por sorpresa y casi acabo en el suelo. Logré mantener el equilibrio, pero ya no tenía la seguridad que me había insuflado subir por el Escorretero a toda máquina.

LA RUTA SILENCIOSA

Dormí poco esa noche, estaba nerviosa. Pensaba que no debía haberme lanzado con tanto entusiasmo, tenía muy poca práctica y podía caerme en cualquiera de esos miles de curvas, pero al mismo tiempo estaba muy emocionada. Iba a hacer la Silent de otra manera, iba a descubrir por qué les gusta tanto a los moteros, iba a tener una experiencia nueva sobre mi amada carretera. Mi primera vez en moto y no podía haber elegido mejor destino. En realidad, era la Silent la que me había empujado a montar en la moto, la que me había elegido a mí.

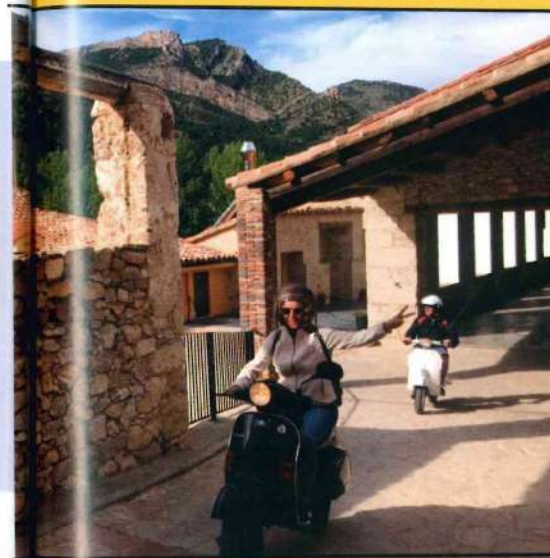
El otoño es uno de los mejores momentos para recorrer The Silent Rout

Quedamos temprano. Salimos primero Aurelio y yo en las Vespas desde Andorra y un poco más tarde el coche escoba con las maletas, gasolina y la cámara. Nos encontraríamos en la Venta de la Pintada. Seguía nerviosa, pero llegamos a la Venta sin mayores problemas. Incluso empezaba a disfrutar y relajarme levemente. El escaso tráfico a esa hora de la mañana y en sábado ayudaba. Sobre la moto el paisaje se veía distinto, más cercano, envolvente, empezaba a sentirme como formando parte de él. Percibía los olores muy intensamente. Mis primeras sensaciones eran buenas, pero aún no habíamos empezado la Silent, todavía teníamos por delante un montón de curvas, subidas y bajadas y unos cuantos kilómetros. Tras un estimulante café y las fotos de rigor en la señal de inicio de la ruta, comenzaba mi periplo en Vespa por la Silent.

La siguiente parada fue en Ejulve, había que compartir sensaciones y almorzar. Era la hora perfecta para deglutir el almuerzo motero por excelencia, unos huevos fritos con conserva y jamón. Yo todavía no estaba totalmente relajada, sobre mi conciencia pesaban las curvas de los Degollados y el estrecho tramo junto al río Cañada y todavía no me había acostumbrado al peso del casco, aunque ya tenía control absoluto sobre el cambio de marchas. Terminadas con enorme placer las viandas, el siguiente punto de parada era *Silencioso*, el emblema de la ruta. El ambiente allí era extraordinario, había un montón de moteros, todos con grandes máquinas, que miraban divertidos nuestras Vespas y, sobre todo, mi torpeza, mientras no dejaban de hacerse fotos con *Silencioso*. A partir de aquí empezaban las curvas de verdad. Habíamos decidido quedarnos a dormir en el Hostal de la Trucha, por si acaso no me atrevía a subir hasta Cantavieja. Así que la siguiente parada sería allí para tomar un vermú, registrarnos y decidir si seguir o no.

El puerto de los Degollados me pareció más agreste que nunca, aunque iba ganando curva a curva sin mayor problema. La proximidad con la que sentía los árboles y el barranco me sobrecogió. Pasadas las primeras revueltas empecé a disfrutar de las nuevas sensaciones sobre la moto como esa ausencia de barrera entre el conductor y el escenario, la caricia directa del viento o el poder de cada curva. Durante todo el recorrido fui cruzándome con moteros que me hacían el correspondiente saludo, al que yo sólo podía contestar con un ligero movimiento de cabeza, no me atrevía a soltar el manillar ni por un segundo.

Saliendo del Hostal de la Trucha, tras una noche de descanso perfecta.
Foto Millagros Guillén



Llegué al Hostal de la Trucha con una amplia sonrisa. Quería terminar. Iba a hacer la ruta completa. El tiempo acompañaba y el escaso tráfico también. Tras registrarnos, reiniciamos la marcha y, ya sin parar, llegamos hasta el *Caimán*, nuevo hito colocado unos días antes. Hasta ese momento nunca me había percatado de lo mucho que todavía había que subir desde Villarluengo. El ronquido cansino de la Vespa y el movimiento descendente de la aguja del carburante delataban la fuerte pendiente. El aire cada vez más fresco y la presencia de las vacas pastando plácidamente, la altura que íbamos ganando. Ahora, casi 80 km después, la Vespa y yo éramos ya un único ente disfrutando del trazado.

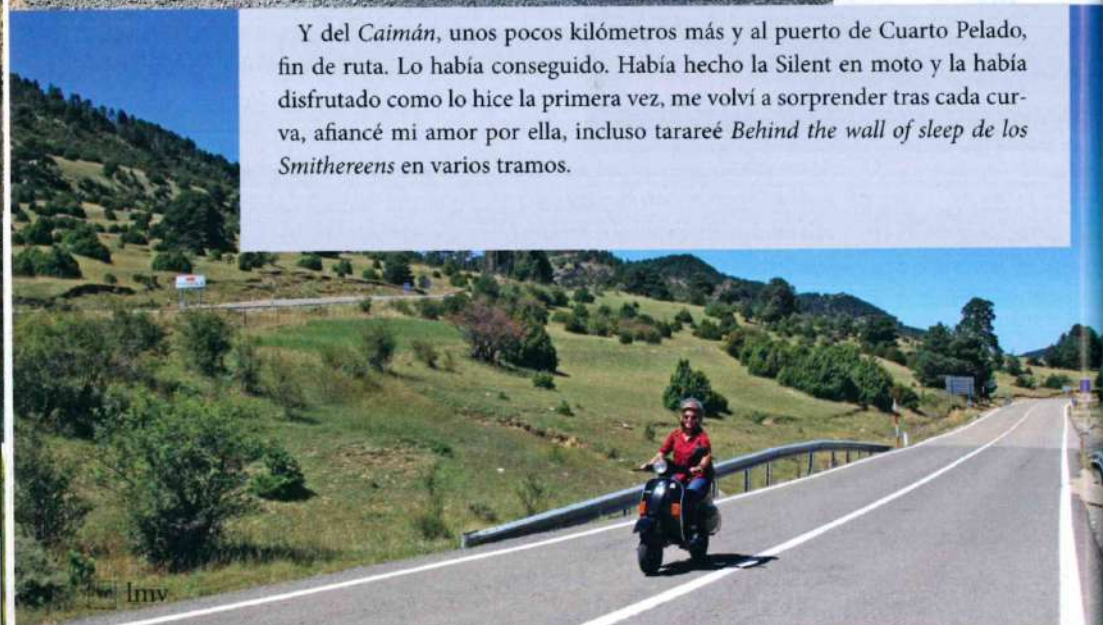


Animado ambiente de domingo en el mirador del Alto Maestrazgo



Izquierda, posado de grupo en Silencioso

Abajo, llegando al Cuarto Pelado, final de la ruta y del bautismo motero.
Foto Milagros Guillén



Y del Caimán, unos pocos kilómetros más y al puerto de Cuarto Pelado, fin de ruta. Lo había conseguido. Había hecho la Silent en moto y la había disfrutado como lo hice la primera vez, me volví a sorprender tras cada curva, avancé mi amor por ella, incluso tararé *Behind the wall of sleep* de los *Smithereens* en varios tramos.

lmv



GTTAP/
TOP10
años contigo

20, 21, 22 y 23 julio 2023

Huesca Pirineos Valle de Benasque

VBe VALLE DE BENASQUE

A turismo ARAGON

PATROCINADOR TÉCNICO OFICIAL

SCARPA

PATROCINADOR DE PRODUCTO OFICIAL



PATROCINADOR PRINCIPAL

trangoworld

PATROCINADORES INSTITUCIONALES



Gobierno DE ARAGON